

EL ABARCADOR DE CABALLOS

SI queríais saber cuánto abarcaba vuestro caballo, ibais al abarcador. Vivía en la penúltima calle. Preguntábais allí y cualquiera os indicaba su casa.

El abarcador era un hombre grande, de brazos muy largos. Dos fosas nasales como cucarachas grandes hacían presumir su gran capacidad olfativa. Sus ojos eran grandes, redondos y acuosos; daban ganas de meterle un higrómetro por debajo de los párpados para averiguar si su humedad era superior a la de los caballos o viceversa. Sus orejas parecían siempre bien cepilladas, recién cepilladas; tenían el vello en orden; jamás sacudiéndolas se desprendía polvo. El tamaño de su boca sólo era comparable al de sus dientes, grandiosas piedras de acabada arquitectura que en dos arcos paralelos se asentaban sobre los fuertes maxilares. Sus labios eran gruesos y vibrátiles. Su cráneo parecía tallado a golpes perpendiculares de hacha. Sus brazos eran muy largos, como corresponde a un buen abarcador.

De su trato con caballos había adquirido la costumbre de hablar a relinchos. Apenas se le entendía. Cuando, por las noches, los vecinos escuchaban un relincho proveniente de casa del abarcador, movían la cabeza y decían: «Habla en sueños». Porque en casa del abarcador no había un solo caballo. Cierto, ahí donde le describo, el abarcador era pobre. (Cobraba muy poco por abarcar un caballo, dos o tres pesetas nada más). No había podido comprarse un caballo que le hiciese compa-



ña, alegrando con sus tiernos relinchos la casa del abarcador; un caballo al que abarcar en las tristes noches de invierno.

El abarcador tenía una casa para él solo. Era una casa pequeña, de una sola planta, de una sola habitación. Allí mismo le llevaban los caballos. Así se disfrutaba de un delicioso aroma a caballo. Sin este aroma, el abarcador hubiera muerto podrido de soledad y de nostalgia. Para un hombre sensible y soñador basta el aroma. Cierra los ojos y cien mil caballos galopan en su torno. El hacía con la boca «atacatá-tacatá» y la ilusión era perfecta.

La operación de abarcar un caballo es sencilla, pero hay que saber hacerlo, como todo. Hay que tener aptitudes y afición, mucha afición.

Primero hay que captarse la confianza del caballo, para ponerlo a punto. Los caballos son muy desconfiados, no se dejan abarcar así como así por el primero que llega. Tiene que saber uno mucha psicología equina. Conocer a los caballos en cuatro palabras. Y el abarcador los conocía bien. Era asombroso el conocimiento que tenía de los caballos, parecía haber sido caballo alguna vez. Le traían un caballo, lo miraba y decía:

—Para abarcar este caballo hay que atarle las orejas.

¡Que probase alguien a abarcarle sin atárselas! ¡Pobre alguien!

Una vez que le habían atado las orejas, lo abarcaba y decía:

—Abarca tres.— o —Abarca tres y medio.

Seguro que no se equivocaba.

Luego relinchaba un poco con el caballo hasta que su dueño se lo llevaba de las bridas, si tenía bridas, o de la pata si no las tenía y tenía pata, que casi siempre tenía. ¡Y hay que ver la confianza que tenían los caballos en el abarcador, dejándose oler como si nada!

En la primavera, que es cuando se suelen abarcar los caballos, se formaban larguísimas colas ante la puerta de su casa y el abarcador trabajaba de sol a sol con el relincho en los labios. Era la época feliz de su año. La temporada finalizaba a principios de invierno. Entonces, sólo algún caballo que otro pisaba los umbrales de su casa; caballo generalmente tardío y pequeño que satisfacía poco el hambre de abarcar del abarcador, aunque siempre era recibido con alegría y buenos modales.

El abarcador se pasaba las horas con el oído atento, para captar el paso de cualquier caballo sobre el empedrado de la calle. A veces el caballo pasaba de largo y los ojos del abarcador se hacían más húmedos. Salía a la puerta, ensanchaba las fosas nasales y un relincho muy triste perseguía al caballo hasta que se perdía en el último recodo.



Sus inviernos eran tristes, estaban llenos de días vacíos, sin caballos. Únicamente el aroma de caballo que llenaba la casa, le mantenía en pie, alejando de su cabeza la idea del suicidio.

Fué en el año veintisiete cuando perdimos a nuestro abarcador. No sé quien demonios le habló de la Argentina. Allí se abarcaba a los caballos en toda época, y además, todo el mundo tiene un caballo por lo menos. El día que se marchó, recuerdo que todos los caballos del pueblo fuimos a despedirle. De vez en cuando, se volvía y soltaba un relincho. Con sus brazos largos rompía el aire triste del atardecer invernal. Nosotros hacíamos con las patas así.

